

del cielo resplandece en su semblante; la sabiduría que Dios le ha infundido se descubre en medio de ese aspecto feroz y medio salvaje que hace estremecer. La mirada de ese hombre refleja todavía los rayos del Sinaí que circundaban seguramente todo su rostro, condensándose especialmente sobre su frente, la cual aparece coronada con dos prominencias á manera de nacientes cuernos. La energía de que viene revestido para desempeñar su terrible misión se retrata en su mirada, en su postura, en su continente. Ese hombre acaba de estar en la presencia de Dios; y ha recibido de la Divinidad una parte de su omnímodo poder. Con ese brazo que apoya en las tablas de la ley, empuñará la vara prodigiosa que hará saltar agua de la roca, y producirá otros muchos fenómenos sobrenaturales que han de hacer brillar la fe en un pueblo rudo y de corazón empedernido. De esos labios saldrán palabras de vida que oirá dócil Israel para convertirse al Señor su Dios, cuyas misericordias cantará en el tímpano y en la cítara.

Grandes defectos ha encontrado la crítica en la soberbia estatua del Moisés de Miguel Angel, que á nuestro juicio vienen á realzar el gran mérito de la composición. Ese aspecto feroz que se revela en el semblante del legislador hebreo, se dice, más bien pertenece á un salvaje, que al hombre inspirado por Dios y lleno de la sabiduría infinita. Ese aspecto feroz y como de un hombre irritado, diríamos nosotros, refleja, sin duda, el enojo de un Dios justiciero contra una nación escogida, que desconociendo los favores recibidos, entregábase á la idolatría mientras su caudillo estaba tratando con el Altísimo acerca de las cosas que se referían á la salud de ese mismo pueblo. Repróchase al artista la gran abundancia de tela que forma las ropas de la estatua. Miguel Angel no podía dejar de ser grandioso hasta en los detalles de sus obras, y ostentaba cierto lujo en el arte, que si en algo no se le puede reprochar es en los ropajes de las estatuas: nadie ha sabido plegar el mármol como él; nadie ha podido vestir la piedra con la piedra con más naturalidad y perfección. ¡Qué mucho que para hacer brillar sus aptitudes á este

respecto, vistiese con abundantes ropas una estatua, en que se propuso el artista hacer la mayor ostentación de su genio!

Estos son los defectos que señalan los inteligentes en la magnífica obra de Miguel Angel. Dado que lo fuesen, ¿qué valen junto á sus bellezas y perfecciones? Lo cierto es que la estatua tiene vida, que la expresión de su rostro, que la actitud de su cuerpo, que los contornos del mármol, forman la representación de un hombre extraordinario como fué Moisés, y revelan el pensamiento de otro hombre extraordinario como Julio II, y evidencian las dotes de un genio extraordinario también, como Miguel Angel. ¡Alabemos al Señor, cuya sabiduría y cuyo poder así resplandece en sus criaturas!

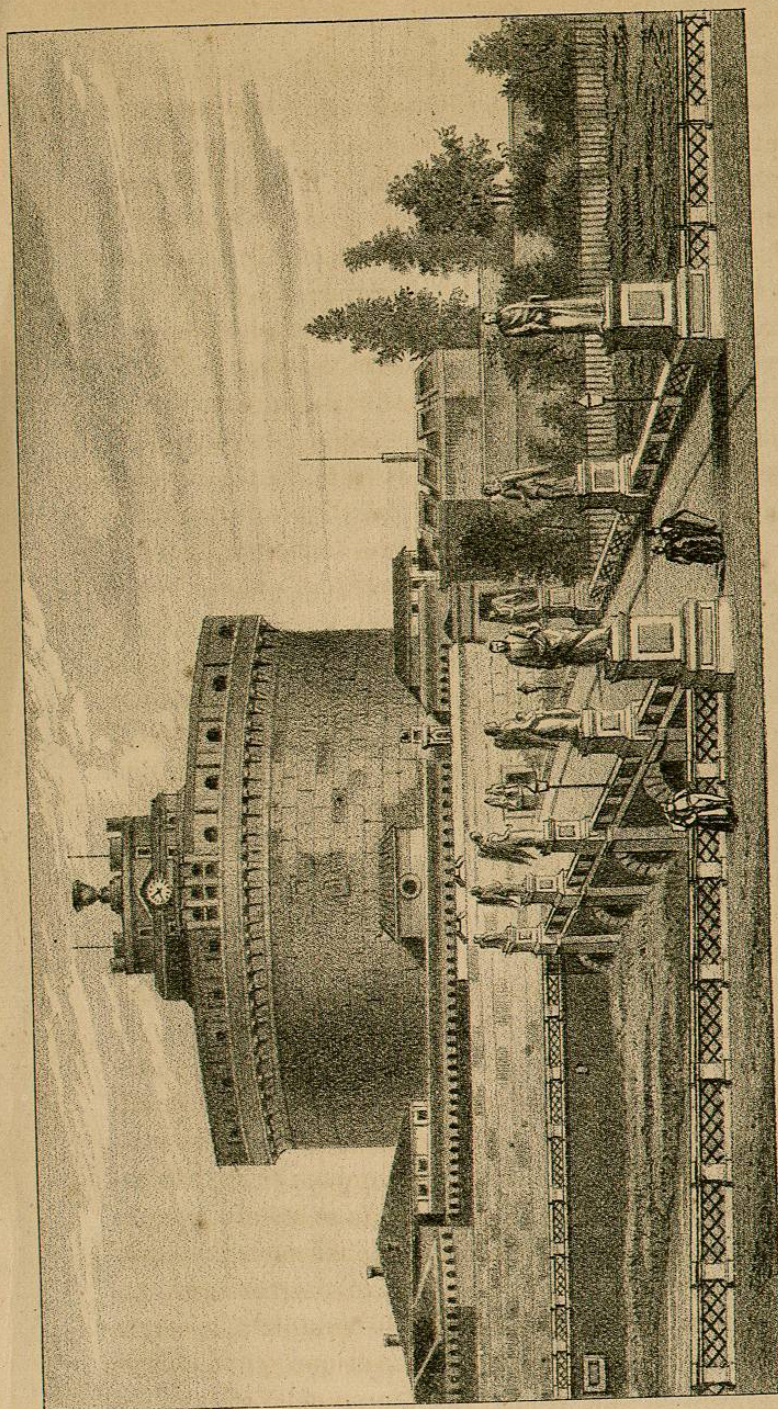
Aquí nos hemos propuesto terminar nuestras excursiones con el lector por toda la ribera izquierda del Tiber, en donde se halla situada la gran ciudad en su inmensa extensión: dé este lado se encuentran casi todos los monumentos de mayor importancia, así antiguos como modernos. Vamos ahora á pasar á la ribera opuesta, y al efecto, nos dirigiremos al puente más notable de los que en su lugar mencionamos, el *Ælius*, hoy de San Angelo.

En el año 136 de la Era Cristiana el emperador *P. Ælius Trajanus Adrianus* hizo construir este puente para dar una entrada grandiosa á su magnífico mausoleo y á los jardines imperiales que le estaban anexos. Convertido en castillo aquel monumento en el siglo XV, con el nombre de San Angelo, se dió este mismo nombre al puente. En su origen lo formaban cinco arcos de considerable diámetro con sus respectivos contrafuertes, que servían como de torres sobre las cuales descansaban estatuas gigantescas.

En 1450 fué restaurado el puente á consecuencia de un gran desastre. El pueblo, en gran muchedumbre, regresaba de la Basílica Vaticana, en donde había celebrádose una solemnidad religiosa con motivo de la exposición del Santo Sudario: el Papa Nicolás V había dado la bendición al pueblo. Al pasar la multitud apiñándose por el puente, cuyas bóvedas seguramente amenazaban ruina, el piso se hundió

y cerca de doscientas personas cayeron al río. El Sumo Pontífice ordenó que se procediese desde luego á la reparación del puente, al cual se dió mayor extensión en su longitud, agregando un arco á los cinco que tenía. Clemente VII hizo colocar en una de las extremidades las estatuas de San Pedro y San Pablo. En el siglo XVII fué embellecido el puente con las otras magníficas obras que hoy lo enriquecen. El Papa Clemente IX encomendó la dirección de ellas al célebre Bernini. Construyóse la soberbia balaustrada de travertino con enverjados de fierro, y sobre los diez contrafuertes que no tenían estatuas fueron erigidas las que hoy existen, representando colosales ángeles con los instrumentos de la Pasión del Salvador, cinceladas por los discípulos del Bernini bajo su dirección, menos la del que tiene el título de la Cruz, que fué obra exclusiva del maestro. Así decorado el puente como hoy está y lo representa nuestra lámina, es sin disputa el más suntuoso y elegante de los que tiene Roma.

Delante del famoso puente se abre la entrada al muro que circunda la gigantesca Mole Adriana que se ve levantarse á considerable altura sobre la misma muralla. En la época que apuntamos arriba, el emperador Adriano hizo construir este admirable monumento para que le sirviese de sepultura y á sus sucesores. Se componía de un sub-basamento de 88 metros por lado, sobre el cual descansaba la inmensa rotonda, que hoy forma el cuerpo central del castillo y mide 64 metros 22 centímetros de diámetro. Este gran cilindro estaba revestido de mármol de Paros, y el sub-basamento, decorado con extraordinaria riqueza, tenía incrustadas grandes lápidas con inscripciones alusivas á los emperadores que allí estaban sepultados. En los cuatro ángulos del sub-basamento se veían grupos colosales de hombres sujetando caballos, todo de bronce dorado. La rotonda se hallaba además adornada por el exterior con pilastras de mármol, que sostenían el entablamento, sobre el cual había al derredor estatuas de un trabajo bellissimo. En el centro de la rotonda, la servía de remate una gigantesca estatua de Adriano, cuya cabeza se conserva en la sala circular del Museo del Vaticano. El



LIT. C. MONTAURIOL MÉXICO.

VISTA DEL CASTILLO Y PUENTE DE S.^o ANGELO.

historiador Procopio refiere otros varios pormenores acerca de este edificio, tanto en su exterior, como en el interior, que omitimos transcribir, porque ocuparían algunas páginas.

El Mausoleo de Adriano guardó su primitivo estado de conservación hasta el tiempo de Honorio, quien fué el primero que comenzó á servirse de él para la defensa de la ciudad. En los siglos posteriores, del VI al IX, continuó formando parte de las fortificaciones de Roma. En este largo período fué teatro de escenas sangrientas y de horror. En 923 fué ocupado por la célebre Marozia, que reinó despóticamente muchos años en la Ciudad Eterna y en gran parte de Italia, por sí y por su hijo Alberico. En este castillo hizo encerrar Guido, segundo marido de Marozia, al Papa Juan X, quien murió allí entre horribles sufrimientos. Hasta el siglo XIV continuó siendo alternativamente el asilo de las diversas facciones que asolaron la ciudad. A partir de esa época los Papas ejecutaron en el castillo diversas restauraciones y reformas, que lo convirtieron en una verdadera fortaleza, hoy ocupada por el Gobierno emanado de la revolución. Del primitivo edificio levantado por Adriano, queda solamente la gran rotonda, cuya pared exterior se ve carcomida por los siglos.

Hallándonos en la margen derecha del Tíber, antes de emprender nuestras excursiones á la Basílica de San Pedro y á los palacios apostólicos, debemos subir al Janículo, montaña célebre en la antigüedad, en donde Jano, rey de los aborígenes, edificó una ciudad que fué llamada Antípolis. Sus áureas arenas le hicieron merecer el nombre de *Monte d'oro*, que por corrupción se ha convertido en Montorio. En esta colina, dice la tradición, que fué martirizado San Pedro, y en tiempo de Constantino erigióse una iglesia que después permaneció abandonada hasta 1472, en que fué cedida á los Hermanos menores, para quienes la reedificó Fernando IV, rey de España, hacia el fin del siglo XV; habiendo sido restaurada en principios del presente. Lleguemos á visitarla.

Es de una sola nave; su arquitectura no es de lo más notable; pero sí lo son algunas de las pinturas que la adornan.

Primeramente, los frescos que decoran sus paredes y bóvedas, son de muy bello estilo y de no escaso mérito artístico. Después, en una de sus capillas, la primera á la derecha, se admira una magnífica pintura, la Flagelación del Señor, obra de dos grandes ingenios; el dibujo es de Miguel Angel, y los colores los puso Sebastián del Piombo. En otra capilla está un bello cuadro de la Conversión de San Pablo, original de Vassari. En el altar mayor se ve una buena copia del gran cuadro de Guido Reni, que representa la Crucifixión de San Pedro. Una hermosísima pintura del Bautismo del Salvador, que se atribuye á Daniel de Volterra, forma el principal adorno de otra capilla, y llaman la atención dos que fueron decoradas por el Bernini. Hay varios monumentos sepulcrales de bello estilo, y no escasean las estatuas de mérito; siendo las más notables las que representan á la Religión y á la Justicia.

Contiguo á la iglesia había un convento, y en el centro de un hermoso patio se alza la obra maestra del gran arquitecto que concibió la cúpula de San Pedro, y por su autor es llamada el Templito del Bramante. El distinguido maestro levantó un muro cilíndrico muy bien proporcionado, cerrándolo con una cúpula elegantísima: como á la mitad de la altura del muro, adornado con nichos y ventanas en la parte superior, y puertas en la inferior, hizo destacar un severo entablamento coronado de una balaustrada, que sustentan diez y seis columnas de orden dórico. Todo el edificio descansa sobre un zócalo con su gradería circular. En el interior hay dos capillas, una al nivel de la base del monumento, y otra subterránea, ambas decoradas bajo el mismo estilo de la fachada exterior. La tradición piadosa afirma que este fué el sitio en que estuvo crucificado el Príncipe de los Apóstoles. Veneramos el lugar; pedimos una porción de tierra que á nuestra vista extrajo el custodio con un instrumento á propósito, que introdujo en un agujero que está practicado en el centro del pavimento, y salimos, no sin habernos provisto de fotografías del templo y del excelente cuadro de Guido Reni.

En las vertientes de la montaña, por el lado opuesto á la

subida principal, vimos un edificio pintoresco elevado en medio de jardines y bosquecillos. Era la Academia española de pintura que debió al rey Alfonso XII el estado de prosperidad en que hoy se encuentra. Su exterior es elegante y bello. En su interior no tiene nada de notable, ni nos llamó la atención otra cosa, durante una corta visita que hicimos al establecimiento, fuera de la descortesía del director á quien encontramos en el jardín, y lejos de habernos hecho los honores de la casa, no se dignó ni suministrarnos algunos datos que le pedimos acerca de la fundación del establecimiento, y nos dejó entregados al conserje italiano, quien se había tomado el trabajo de servirnos de guía. Lo sentimos, porque era español.

Bajando del Janículo, á poco andar se ve una iglesia de grandioso aspecto exterior, ostentando en su fachada principal un majestuoso pórtico formado con cuatro hermosas columnas de granito: se llama Santa María *in Trastevere*. No la describiremos minuciosamente; diremos una palabra acerca de su origen y mencionaremos lo más notable que contiene.

Santa María *in Trastevere* es una de las iglesias cuya fundación se remonta á los primeros siglos del Cristianismo. En el sitio en que hoy se halla edificada estuvo una especie de hospicio para los soldados inválidos, que era llamado por los romanos *Taberna meritoria*. Alejandro Severo lo cedió á San Calixto I, quien construyó en aquel lugar en 222 la primera iglesia que fué consagrada á la Virgen María y la primera en que los cristianos tributaron culto público á la Madre de Dios. Reedificada por el Papa San Julio I en 349, se le hicieron varias restauraciones en los siglos subsecuentes, habiendo sido la más importante la que hizo el Papa Inocencio II en 1139. A Nicolás V y á Clemente XII se deben las reparaciones y ornamentación que la pusieron en su estado actual.

La iglesia en su interior es muy espaciosa y de tres naves; excitando en ella la admiración veintiuna columnas de granito rojo, dóricas, bastante gruesas, que sin duda pertenecieron á templos paganos, porque todavía se ven decoradas con figuras que representan divinidades del paganismo. Curiosos

mosaicos antiquísimos revisten las paredes, siendo entre otros muy notable el de la Madre del Verbo acompañada de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias de la parábola del Evangelio. En el centro del arcezonado de la techumbre admiran los inteligentes una bella pintura de la Asunción, obra del Domeniquino. Multitud de frescos pertenecientes á la última restauración adornan las paredes de la nave principal y las de las capillas así como las bóvedas de éstas. El baldaquino debajo del cual está el altar mayor descansa sobre cuatro columnas de granito, en las cuales se ven inscripciones antiguas muy interesantes. Es digno de verse un sarcófago en que se hallan los restos del célebre historiador conocido con el nombre de Anastasio el Bibliotecario. Muéstrase á la derecha del altar mayor un pozo cercado con un barandal: es llamado la "Fuente del aceite," y asegura la tradición que allí brotó aceite en el año del Nacimiento del Salvador. En la sacristía llaman la atención una hermosa Madona atribuida al Perugino y en el vestíbulo un soberbio tabernáculo de mármol que fué esculpido por *Mino da Fiesole*.

CAPÍTULO VIGÉSIMO.

San Pedro.—Noticia histórica.—El atrio.—La fachada exterior.—El pórtico de la entrada.—La nave central.—La cripta de la Confesión.—El baldaquino.—La cúpula.—La tribuna.—Las capillas.—Las tumbas.—La sacristía.—La basílica subterránea.—Parte superior de la Basílica.

EN la primera parte de este libro dimos conocimiento al lector de nuestras primeras impresiones en San Pedro al visitar la gran Basílica. Allí presentamos á grandes rasgos la magnificencia y grandiosidad, la riqueza y suntuosidad de la primera iglesia del Catolicismo. Nos reservamos estudiarlo detenidamente para describirlo en su conjunto y en cada una de sus partes, proponiéndonos cerrar con él nuestras descripciones de las iglesias de Roma. Cumplimos ahora con este propósito, destinando el presente capítulo á dar una idea de lo que es el templo, de lo que encierra, de sus preciosidades artísticas y de sus recuerdos religiosos. Antes daremos algunas noticias que no carecen de interés acerca del origen de este gran monumento de la cristiandad.

El gran edificio de San Pedro hállase en el campo Vaticano que probablemente recibió este nombre de los antiguos oráculos, llamados *Vaticinia*. En este campo estuvieron los jardines y el circo de Nerón: allí el execrable tirano hizo la gran matanza de cristianos de que habla Tácito. Los cuerpos de aquellos mártires fueron sepultados en una gruta inmediata al circo. Poco tiempo después del martirio del Santo